

# VICISITUDES DE UN SUBOFICIAL CADETE NAVAL EN LOS AÑOS 50 Y SUS REFLEXIONES MEDIO SIGLO DESPUÉS

---

Capitán de Navío (R) Néstor A. Domínguez

El destructor ARA *Cervantes*  
en sus buenas épocas.



## Antes de la revolución

El año 1955 no fue fácil para nadie. Sin embargo, para los que cursábamos la Escuela Naval Militar de Río Santiago, fue mucho más difícil. En mi caso particular, me encontraba ya en cuarto año y en condiciones de dar órdenes e imponer castigos a los cadetes de años inferiores.

Luego de algunos meses, me fue conferida la categoría de encargado de la cuarta compañía de desfile y de los cadetes de primer año (promoción 86). Pese a que yo siempre desfilé muy mal (vaya a saber por qué mala constitución ósea o muscular), logré que mis subordinados de la cuarta compañía lo hicieran muy bien. Incluso fuimos muchas veces al cine como premio, y a fin de año dicha compañía fue declarada como la mejor del cuerpo de cadetes. Sin embargo, nunca desfilamos fuera de la Escuela, ni el 25 de Mayo ni el 9 de Julio; los hechos y la situación política reinante así lo indicaban.

Una vez, al presentar mi compañía a su segundo jefe, el entonces Teniente de Corbeta de la Infantería de Marina, el temible “Chucho” Ares de Parga, logré hacer volar por los aires su espada en un choque entre la mía ascendente y la suya descendente. En esta última acción fue la única vez en que aprecié, en su dura cara militar integral, el esbozo de una sonrisa. Se agachó, recogió su espada del suelo y terminó el saludo militar con su espada fuertemente empuñada. Mientras tanto, los restantes 96 miembros de la compañía de desfile mostraban una mueca en que la risa y el terror se combinaban de forma tragicómica. Este hecho lo guardo como imborrable, por su costado terrorífico, entre los que fueron parte de mi formación como militar.

Como encargado de los cadetes de primer año traté de ser justo, como lo hice con todos los otros cadetes menos antiguos. El resultado de mi gestión conductora militar se vio al celebrarse el Día del Cadete hacia fines de ese año. Como todos los cadetes de cuarto año, con el alma negra por los castigos aplicados a los sufrientes subordinados, me escondía como podía de los cadetes de preparatorio, primero, segundo y tercer año desde que había sonado la diana en ese día tan especial como tradicional de la Escuela Naval Militar de Río Santiago. Como solía suceder, para bien o para mal, me encontraron y, en vez de mantearme, me llevaron en andas por un largo rato. Esta fue una de las grandes satisfacciones de mi vida militar, imborrable de mi memoria de la misma manera que todo lo que aquí paso a relatar.

Entre mis subordinados estaba el cadete Gustavo Adolfo Rojas (de la promoción 87, que cursaba el año denominado “Preparatorio”), hijo del Director, Contraalmirante Isaac Francisco Rojas. Por ser el hijo de tal padre era castigado frecuentemente por cualquier falta que cometiera; era así como pasaba muchos fines de semana bajo castigo en la Escuela. Su padre quería aconsejarlo y, como era muy cuidadoso de las formas militares, no lo invitaba a su casa en el extremo de la isla, sino que lo veía junto al cartel que versaba “límite de cadetes”. Y, según lo ordenado por el Almirante, varias veces tuve que acompañarlo hasta allí, manteniéndome a distancia prudencial.

Todo ello se sumó a la admiración que ya tenía por el Director desde tercer año, cuando, por ser de los primeros de promoción, fui invitado a tomar el té con el Almirante en su casa en la Escuela, junto con los primeros de las otras promociones. En esa ocasión el Almirante mostró un gran profesionalismo, cultura y afabilidad con quienes estábamos en el otro extremo de las jerarquías de la Armada.

Fuera de todos estos aspectos personales y propios de la vida en ese centro de formación de oficiales de marina, en el país venían sucediendo hechos graves, como el bombardeo de la Plaza de Mayo (16 de junio) o la quema de las iglesias y del edificio del Jockey Club de la calle Florida. Todo ello originó violentas reacciones, entre las que se cuenta la de peronistas enfurecidos contra la oposición política por las palabras pronunciadas en la Plaza de Mayo por su líder, el General Juan Domingo Perón.

El Capitán de Navío (R) Néstor Antonio Domínguez egresó de la ENM en 1956 (promoción 83) y pasó a retiro voluntario en 1983.

Estudió Ingeniería Electromecánica (orientación Electrónica) en la Facultad de Ingeniería de la UBA y posee el título de Ingeniero de la Armada.

Es estudiante avanzado de la carrera de Filosofía de dicha Universidad.

Fue asesor del Estado Mayor General de la Armada en materia satelital; consejero especial en Ciencia y Tecnología y coordinador académico en cursos de capacitación universitaria en Intereses Marítimos y Derecho del Mar y Marítimo del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada; y profesor, investigador y tutor de proyectos de investigación en la maestría en Defensa Nacional de la Escuela de Defensa Nacional.

Es académico fundador y expresidente de la Academia del Mar y miembro del Grupo de Estudios de Sistemas Integrados como asesor. Es miembro y Académico de Número del Instituto Nacional Browniano desde el año 2015.

Ha sido miembro de las comisiones para la redacción de los pliegos y la adjudicación para el concurso internacional por el Sistema Satelital Nacional de Telecomunicaciones por Satélite Nahuel, y para la redacción inicial del Plan Espacial Nacional.

Es autor de dos libros dedicados al conocimiento de los satélites artificiales y de otros libros, titulados: *Hacia un pensamiento ecológicamente sustentable*, *Un enfoque sistémico de la Defensa* (en tres tomos), *Una imagen espacio-política del mundo* y *El arte de comprender la naturaleza*, entre otros, además de numerosos ensayos sobre temas del mar, electrónica, espacio ultraterrestre, ecología y filosofía, publicados en revistas del país y del extranjero.

En mi familia se vivía un fuerte clima antiperonista entre los adultos; yo no entendía nada de política, pero tenía gran respeto por ellos y, como consecuencia, también era antiperonista. Y lo sigo siendo, pero con la historia argentina en la mano y crudamente vivida. Actualmente, el tiempo me ha brindado una comprensión más amplia de lo entonces sucedido y creo que ya no tiene sentido la dicotomía entonces planteada. Pero ocurre que en la Argentina lo digital ya se benefició siempre desde antes de la actual Era Digital. Lo que mis familiares expresaban era que Perón era un dictador que restringía nuestro derecho a la libertad y cometía excesos impropios de un Presidente de la República. Con el tiempo fui entendiendo mucho mejor, y en carne propia, de qué se trataban la política y la libertad; sobre todo esta última, dado que implica un derecho humano tan básico como deseable.

El hecho es que todo eso estaba en juego por entonces.

## Durante la revolución

Nuestras acciones de insubordinación ante el régimen dictatorial imperante comenzaron el 16 de septiembre cuando, al decir de mi compañero César Antonio Barros Bies,<sup>(1)</sup> “con un prematuro y extraño toque de diana” (en realidad era “*a las armas*”) que se produjo a las 03:00 de la madrugada debimos vestimos rápidamente para ir a formar al Pasadizo de las Batallas en primera instancia.<sup>(2)</sup> Y sigue Barros: “La noche anterior habíamos pululado por los túneles hasta tarde, preparándonos para los exámenes bimestrales que comenzarían ese día y haciendo gambitos de todo tipo para evitar una colisión con el ‘Cristo’ (refiere al entonces Teniente de Fragata de la Infantería de Marina, Augusto Félix Cristiani.), cuya actividad como oficial de guardia solía depararnos recurrentes sorpresas, a la par que colmaba de partes el buzón de castigos de cuarto año”.

...‘los cadetes se han armado para defender su Escuela y su Marina’.

“Minutos después, provistos de nuestros correajes y máuseres 1909, formamos en el patio cubierto. Allí y ante un requerimiento de nuestro Suboficial Mayor y abanderado (Mozzarelli, obvio; el que décadas después fue el Vicealmirante Antonio José Mozzarelli, Subjefe del Estado Mayor General de la Armada), el Jefe del Cuerpo, Capitán de Fragata Juan Carlos Bassi, nos informó: ‘los cadetes se han armado para defender su Escuela y su Marina’. No nos quedaron dudas”.<sup>(3)</sup>

Cuando se convocaron voluntarios para tripular al torpedero ARA *La Rioja* y para completar la tripulación del torpedero ARA *Cervantes* tomé una rápida decisión: si debía combatir, debía hacerlo desde un buque de guerra. Estuve entre los 20 voluntarios de cuarto, tercero y segundo año para embarcar en el último de los torpederos antes nombrados. Este se hallaba en peores condiciones operativas que el anterior, pues se encontraba en proceso de reparaciones generales.

Rápidamente fuimos provistos de 90 tiros para nuestro fusil, que luego debimos devolver al terminar nuestro desayuno,<sup>(2)</sup> y nos dirigimos a la ropería de Ulesias, su encargado, que siempre estaba disponible para proveernos de lo necesario. Tomamos nuestro coy y bolsa y nos dirigimos a la estación del Puesto 5 para ser conducidos en un *ferry* a nuestro torpedero, que ya se encontraba con sus máquinas listas. Este era comandado por el entonces Capitán de Fragata Pedro J. Gnavi y, aparentemente, nuestra misión sería la de bloquear la navegación en el Río de la Plata y evitar la llegada de buques a los puertos bonaerenses. Ello, en principio, no implicaba riesgos de magnitud. De todas maneras, disponíamos de tres montajes dobles de ametralladoras Bofors de 40 milímetros, uno a babor, otro a estribor y uno en popa, todos ellos para tiro antiaéreo. Además, contábamos con dos ametralladoras multipropósito de bajo calibre en ambas bandas. El cañón de proa tenía un calibre de 120 milímetros, era para tiro naval y no podía disparar pues estaba en reparaciones.<sup>(3)</sup>

Ni bien el buque zarpó, se cubrieron los puestos de combate y yo fui designado para cumplir funciones de ayudante de guardia en cubierta. Esta era una función propia de un suboficial

de la Armada y se me asignó luego de una reunión que se hizo en el sollado de proa del buque. Otros cadetes fueron asignados a las piezas de artillería, según una distribución que detalla el Capitán Toso Le Bretón en su artículo.<sup>(2)</sup> Mientras nos desplazábamos lentamente por el canal de acceso, pero saliendo, pasamos frente a los frigoríficos, donde se pensaba que podría haber francotiradores. No los hubo, pero, si algunos tuvieron la idea de serlo, fueron disuadidos por los cañones y ametralladores que los apuntaban y que rápidamente darían cuenta de ellos.

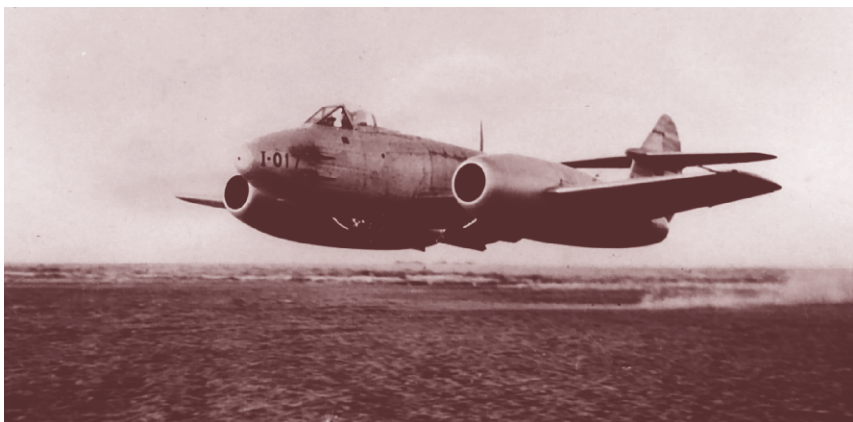
Salidos del puerto de La Plata, tomamos el canal y luego nos salimos de él para avanzar en franquía, con el destructor *La Rioja* entre 500 y 1000 metros a nuestro estribor; ambos íbamos con proa hacia la desembocadura del Río de la Plata y con el objetivo de bloquear el acceso. Por entonces apareció un avión De Havilland de la Fuerza Aérea para observar nuestros movimientos. Aproximadamente una hora después, detectamos con largavista (no había radar antiaéreo) la presencia de otros aviones; eran las 09:18 horas.

Poco después fuimos atacados por 4 aviones Gloster Meteor de la Fuerza Aérea Argentina. Las instrucciones fueron dadas en la Base de Morón por el Capitán de Fragata Hugo Alberto Crexell (de la promoción 63 de la misma Escuela Naval Militar) al que tuvo el mando de la escuadrilla, el Vicecomodoro Carlos A. Sister. Los aviones eran piloteados por oficiales supuestamente leales al gobierno. Los primeros ataques fueron dirigidos al destructor *La Rioja*.

Cada avión disponía de cuatro cañones de 20 milímetros de calibre. Estos disparaban, con una gran secuencia de fuego, proyectiles perforantes y granadas en forma alternada. Luego de dar algunas vueltas, volando a baja cota alrededor de ambos buques, que habían izado la bandera de guerra, nos atacaron a nosotros. Dadas nuestras condiciones operativas, solo pudimos usar con eficacia el montaje doble de cuarenta milímetros Boford de popa. Los otros dos montajes disparaban, pero no podían apuntarles por la estructura del propio buque. Las ametralladoras de menor calibre disponibles a babor y estribor cayeron al río debido a una maniobra brusca del buque y pese a los esfuerzos de sus operadores.

Poco después fuimos atacados por 4 aviones Gloster Meteor de la Fuerza Aérea Argentina.

Esos aviones provenían de la Base Aérea de Morón, donde el dictador Gral. Juan Domingo Perón había enviado al Capitán de Fragata Crexell, luego de una entrevista en su despacho de la Casa Rosada, con él y el Contraalmirante Luis Juan Cornes (de la promoción 54 de nuestra Escuela), por entonces Ministro de Marina. El objetivo era “limpiar” de elementos rebeldes el Río de la Plata. “¡Dele leña a esos traidores! ¡Adopte las medidas que crea necesarias!”, remató el dictador Perón. Para su desgracia, la limpieza no pudo eliminar a todos, y entre ellos me encuentro. Los verdaderos traidores eran los dos exoficiales de marina que tenía allí ante su presencia.



Avión de caza Gloster Meteor (velocidad máxima: 670 km/h).

La primera escuadrilla retornó a Morón a las 10:00 horas sin inconvenientes. Luego decoló, a las 10:15 horas, una segunda escuadrilla al mando del Vicecomodoro Orlando Pérez Laborda, para concretar otro ataque demoledor ante nuestras menguadas posibilidades. Uno de los Gloster Meteor de esta segunda escuadrilla pareció ser alcanzado por la artillería antiaérea de alguno de los dos buques, o quizás tuvo fallas técnicas: perdió velocidad y, aparentemente, volvió a su Base en Morón. Puede ser el único daño que logramos hacerles a nuestros atacantes; ninguno de ellos fue muerto.

El Capitán Crexell siguió dando instrucciones según su experiencia en la Aviación Naval: había que atacar de popa a proa aprovechando el enmascaramiento producido por las densas cortinas de humo que producían las chimeneas de los destructores. Hubo una tercera escuadrilla, al mando del Vicecomodoro Sister, que fue la que más daño les ocasionó a ambos buques, gracias a las instrucciones del mencionado capitán adicto al peronismo (algo raro en la Marina de entonces). Luego, a las 11:00 y ya sin tener el efecto de los anteriores, un cuarto ataque selló aparentemente el fin de la pesadilla.

La cubierta de nuestro buque estaba llena de las vainas de los proyectiles que les habíamos tirado, mientras que la superestructura y el casco presentaban múltiples perforaciones y daños producidos por la artillería de los aviones. Pero lo más importante era dar aliento a los moribundos y salvar a los heridos (ver lo escrito por Barros, pág. 51 y Rubio, pág. 295, que vivieron experiencias distintas a las mías).

Como suboficial de guardia en cubierta, me habían dado la orden de que todos los tripulantes que estaban en cubierta y no cubrían puestos en la artillería debían entrar en el sollado de proa. Fue así como, durante el tercer ataque, y cuando me encontraba entre la chimenea de proa y la puerta de la cocina, sentí a mis espaldas el ruido de una fuerte “granizada”, y a mi frente, el efecto, sobre todo de las granadas que explotaban. Una de ellas explotó a mi lado, rompiendo la puerta de la cocina e hiriendo gravemente al marinero cocinero Juan de Dios Vega, que murió horas después. Otra estalló en medio de la panera (caja metálica donde se guardaba el pan), ubicada entre ambos accesos al sollado de proa, lo que lanzó pedazos de pan hacia todas partes.

Como suboficial de guardia en cubierta, me habían dado la orden de que todos los tripulantes que estaban en cubierta y no cubrían puestos en la artillería debían entrar en el sollado de proa.

Por otro lado, mi compañero Bellotti, que estaba hablando parado junto con otro, que estaba acostado en una cucheta y dentro del sollado, recibió el impacto de un proyectil perforante de 20 milímetros en uno de sus borceguíes, que se abrió como un libro de páginas de cuero, aunque le ocasionó tan solo quemaduras en la planta de un pie. Otro compañero, Turdera, recibió dos impactos perforantes en uno de sus brazos y heridas en una pierna. En este último caso, Rubio le hizo un torniquete en el brazo en la enfermería y, luego de dejar la guardia, junto con Manchado y Toledo lo seguimos atendiendo en una cucheta del sollado para que no se fuera en sangre. Debíamos mantenerlo apretado por cinco minutos y aflojarlo por algunos segundos por indicación del dentista de a bordo, el Dr. Luis Emilio Bachini, que era el único que sabía algo de medicina, pero que contaba con medios precarios y poca morfina y suero. El que estaba más grave era Cejas Duclós, que tenía un brazo destrozado y era atendido por varios compañeros en la enfermería (Barros, Bartolomé y Federicci). Para él no alcanzaron la morfina ni los torniquetes, hechos con una sable bayoneta: murió al llegar a Montevideo, donde podría haber recibido un tratamiento más adecuado en un hospital.



Bombardero Calquín, de velocidad similar al anterior. Se hicieron 100 en la Fábrica Militar de Aviones de Córdoba. Fueron contruidos con maderas nacionales compensadas.

Navegábamos lentamente hacia la desembocadura del Río de la Plata cuando detuvimos a un carguero estadounidense que transportaba frutas, para pedirle un médico y suero para asistir a nuestros heridos. Pero ellos no tenían ni médico ni suero, y siguieron viaje.

Barros, uno de los memoriosos de la promoción 83 dice en su “Estela Dorada”:

Ya era pasado el mediodía cuando una escuadrilla de tres bombarderos “Calquín”, arribada después de iniciados los ataques y que había orbitado en las proximidades du-

rante su desarrollo, inició una aproximación directa hacia nuestras unidades. Cuando la Bofors 2 se aprestaba para comenzar el fuego y repeler lo que parecía un ataque inminente, los aviones realizaron la típica maniobra de “caída de ala”. A continuación, descargaron sus bombas al agua, muy lejos de nuestra posición. Empero, una suma de miedo e inexperiencia nos generaba la errónea sensación de ver caer esos racimos de bombas justo encima de nuestras cabezas.

Se dice que estos bombarderos provenían también de la Base de Morón y que la proximidad del buque extranjero evitó que nos mataran y hundieran, según la orden del gran dictador, pero yo le creo más, en esto último, a mi compañero.

Seguimos nuestro viaje, pero, cuando parecía que todo había terminado y nos desplazábamos arrastrando nuestras heridas por el canal, tratando de curar a los que sufrían, sentimos el ronco sonido de las hélices de un avión más lento y pesado: era un bombardero Avro Lincoln que, con su pesada carga de bombas, podría haber terminado con nuestras vidas, lo mismo que los Calquín. Según Barros, su misión era de vigilancia, y estimaba que habían estado desde el comienzo de las acciones. Ellos tampoco nos atacaron.

Años después, en los años 60, en una reunión social y por casualidad, hablé con un oficial de la Fuerza Aérea que había sido piloto de los bombarderos actuantes en este combate. Dado que creo que estaba destinado en la Base de Morón, puede ser que hubiera piloteado uno de los Calquín. Me dijo que sabían de nuestro combate anterior con los Gloster Meteor y que éramos jóvenes cadetes; fue por todo ello que no nos quisieron eliminar del mapa. Décadas después, me he enterado de que recibió instrucciones del capitán Crexell en Morón. Quizás, por su “caída de ala” y por no atacarnos, los acusaron de “darse vuelta en el aire”, y en este caso así ocurrió. Le agradecí el gesto y seguimos bebiendo como buenos amigos. Así son las cosas de la guerra: no hay enemigo que dure cien años ni quien los pueda aguantar.

Llegamos a Montevideo entre los lamentos e insultos de nuestro compañero Turdera, que salvó la vida, su brazo y su pierna. Hubo muchos heridos por las esquirlas de las granadas (cálculo unos 16) y tuvimos cinco muertos en combate: el Teniente de Navío, Jefe de Máquinas, Alejandro Sahores; el cadete de 4.º año, Carlos Cejas Duclós; el Cabo Principal maquinista, Juan Carlos Berezoski, y los marineros primeros Juan de Dios Vega y Raúl Machado. En el destructor *La Rioja* murió un cadete naval de segundo año, Edgardo Luis Guillochón, y fue gravemente herido su compañero Maañón, que perdió su mandíbula inferior y recibió heridas posteriores en la enfermería del buque, en su omóplato derecho durante el tercer ataque y en su pie derecho en el cuarto ataque, mientras era atendido por el bravo Cabo enfermero Araujo.

En mi caso particular, aún no entiendo cómo no fui herido o muerto por ninguno de los proyectiles que pasaron muy cerca de mi cuerpo y produjeron los daños que pude ver frente a mí. Lo curioso es que enfrenté situaciones de guerra de niño<sup>(3)</sup> y de joven (a los 21 años, antes de recibirme de guardiamarina), pero durante los casi treinta años de profesional militar hasta el grado de Capitán de Navío, en que solicité mi retiro voluntario, toda mi tarea fue de preparación para la guerra, aunque sin intervenir en ninguna. Las veces que estuve al borde de la muerte a lo largo de mi vida, que no cabe describir aquí, fueron varias (pero sin llegar a siete). Puedo decir que es milagroso que esté vivo y contando esta historia luego de más de seis décadas.

Al llegar al puerto de Montevideo, con el buque casi sin velocidad por las perforaciones de los tubos de las calderas y gracias a los proyectiles perforantes, nos esperaba una multitud de uruguayos y muchas ambulancias. Rápidamente los heridos fueron trasladados a diversos hospitales de Montevideo; en particular, todos los cadetes heridos fueron asistidos en el Hospital Militar. En el edificio próximo de la Aduana se hizo el velatorio de nuestros muertos en combate con una guardia de honor.

Llegamos a Montevideo entre los lamentos e insultos de nuestro compañero Turdera, que salvó la vida, su brazo y su pierna.

Al día siguiente, el ingreso de los cuerpos al cementerio del Buceo fue impresionante, tanto por nuestra tristeza como por la solidaridad de un pueblo uruguayo que concurrió masivamente. Los compañeros que no resultamos heridos llevamos el féretro de Cejas, que permaneció allí hasta su traslado, primero a Buenos Aires y luego a Paraná, ciudad donde la calle del acceso principal al cementerio se denomina “Cadete Cejas” y donde gran parte de sus compañeros concurrimos a rendir homenaje a su memoria todos los 16 de septiembre desde hace más de 60 años. Vale observar que, durante todo ese tiempo, ningún peronista de la ciudad de Paraná agravió la memoria de nuestro amigo.

Debíamos permanecer en puerto 48 horas antes de ser internados en el Uruguay y nos habíamos quedado casi sin víveres. El segundo comandante me autorizó a violar la puerta de la cantina, hacer un inventario del contenido y repartir chocolates, galletitas y caramelos entre los que habíamos quedado a bordo. La internación implicó que fuéramos conducidos en micros a la Policía y que se nos hiciera un documento de identidad, vistiéndonos todos de civil con un mismo piloto sobre nuestra ropa de fagina, la única que teníamos.

Pasadas las 48 horas fuimos llevados a un regimiento del Ejército uruguayo, en las afueras de Montevideo, y allí nos dieron alojamiento y comida mientras escuchábamos por la radio de la cámara lo que sucedía con el desarrollo de la revolución. Dormimos en camastros iguales a los usados por los soldados, participamos de la ceremonia de izar el pabellón uruguayo, pedimos aprender a cantar el himno del país con la ayuda de la banda del regimiento, durante las primeras horas de la mañana, y marchamos junto a ellos en todos los actos patrióticos realizados. Comíamos con dificultad el pirón (plato típico del interior uruguayo) y nuestro principal alimento eran los cafés con leche y los panes del desayuno y del té de la tarde.

Una vez nos sacaron a pasear en micro por la ciudad y la gente, cuando nos identificaba, nos tiraba dinero, cigarrillos, chokolatines y toda clase de elementos por las ventanillas.

## Después de la revolución

Cuando el Gobierno uruguayo reconoció al gobierno revolucionario argentino, cambió nuestra suerte. Hubo varias ofertas de familias e instituciones uruguayas para brindarnos el afecto y las comodidades que nuestra situación requería. En mi caso, y también el del cadete de tercer año Leonel Horacio Gemignani, recibimos todo tipo de apoyo de la familia Vignale, que tenía una casa en el barrio de Pocitos. Con nuestra ropa de fagina sucia, mal afeitados y cargando nuestras breves pertenencias (en una bolsa de embarco con una camisa, una muda de ropa interior, un par de medias y precarios elementos de aseo)<sup>(2)</sup> tocamos el timbre en la casa de la avenida Francisco de la Seca número 1247 y fuimos cordialmente atendidos. Inmediatamente nos proveyeron de otras ropas mientras nuestras prendas eran lavadas. Los hijos del matrimonio Vignale nos invitaron a jugar al básquet en una cancha que tenían en su propia casa y descubrimos que estábamos bastante débiles para el esfuerzo correspondiente.

Cuando llegó la hora de la cena, y ya vestidos con nuestras ropas de fagina limpias, encaramos la mesa para comer demasiado y con mucho entusiasmo. Fue así como hicimos frecuentes llamados con la campanilla para que el personal de servicio multiplicara nuestros recursos alimentarios. Recuperamos fuerzas y fuimos a dormir en dos camas ubicadas en un amplio dormitorio del primer piso, con una mesa de ping-pong incluida.

Al día siguiente, cuando despertamos, una mucama impecablemente vestida nos sirvió un abundante desayuno que consumimos en su totalidad. Luego, fuimos paseados por la ciudad en el automóvil de la familia.

Al día siguiente, el ingreso de los cuerpos al cementerio del Buceo fue impresionante, tanto por nuestra tristeza como por la solidaridad de un pueblo uruguayo que concurrió masivamente.

En un imprevisto paseo nocturno fuimos llevados, con nuestra ropa de fagina, al Jockey Club de Montevideo para una cena y baile en nuestro honor. Fuimos invitados a sentarnos en una larga mesa, donde cenamos y disfrutamos de la amabilidad de nuestros interlocutores hasta que llegó el momento de los discursos. Se paró el presidente de la venerable asociación y pronunció palabras muy sentidas sobre nuestra gesta. Miré al costado para ver quién contestaría y estaba claro que debía hacerlo yo, por “ser el más antiguo” y, para colmo, quien tenía la materia Oratoria de cuarto año a medio cursar. Me armé de valor e improvisé unas palabras que fueron muy aplaudidas por la concurrencia; había dado, de hecho, mi examen final en la materia. Llegó el momento del baile y todas las chicas querían bailar con los dos “héroes” de la noche, a pesar de nuestras apariencias físicas muy alejadas de las de una mezcla de Rodolfo Valentino y Gene Kelly.

Una tarde, Roberto Vignale me llevó a ver a su tío, Arnaldo Massone, con quien mantuve una conversación sobre los hechos del combate. Me contó lo que había sufrido por las arbitrariedades del gobierno peronista a través de la Fundación Eva Perón. Estas fueron ejercidas contra algunos empresarios rebeldes frente al aporte de fondos impuesto por dicho gobierno. Eva Perón les había confiscado el edificio de su laboratorio (Laboratorio Instituto Massone) en 1950, que es desde entonces la sede de la Comisión Nacional de Energía Atómica (en la avenida del Libertador, frente a la Escuela de Mecánica de la Armada). Su hermano había sido encarcelado hasta 1954 en Villa Devoto y él había sido obligado a exiliarse en Montevideo. Ambos hermanos habían propulsado el Instituto Massone, siguiendo el gran esfuerzo hecho por su padre. Su empresa farmacéutica había alcanzado el liderazgo latinoamericano en la materia. Ambos fueron beneficiados con un insólito fallo de la Corte Suprema de Justicia de Argentina en 1954.

Con el tiempo lavé esta afrenta, estudiando Ingeniería en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires, en la avenida Paseo Colón 850, que estrenaba un hermoso edificio que había sido la sede de la Fundación Eva Perón antes de la revolución. No sabía que el resto de mi vida transcurriría entre las idas y venidas del peronismo y el antiperonismo. El pensamiento político digital argentino me tiene hartado, y el pueblo argentino parece estar compartiendo mi hartazgo. Es hora de que podamos tener un pensamiento analógico para poder discriminar los grises y los colores de la realidad argentina<sup>(6)</sup>.

En otra salida nocturna, los muchachos de la familia nos llevaron a un almacén que, a través de una puerta secreta, permitía el acceso a un local donde se reunían los exiliados políticos argentinos. Yo no conocía a nadie, porque las exigencias de la Escuela Naval eran tales que no teníamos tiempo de leer los diarios. Supongo que allí estarían varios de los que luego volvieron en nuestro buque a Buenos Aires e intervinieron, tomando partido, en la evolución histórica del país de esos años.

En el que pienso que fue el último de tales interesantes paseos, fuimos llevados por Roberto Vignale, el hijo menor de la familia, y su primo Eduardo Massone, hasta el Cerro de Montevideo, donde nos sacamos una foto. Yo no sabía que al día siguiente viviría acontecimientos inolvidables para el resto de mi vida. Fueron muy fuertes e impresionantes, por cuánto pude captar directamente el espíritu que, por entonces, animaba al pueblo uruguayo.

Habían pasado muchos días y nuestro destructor *Cervantes* había recibido, con mano de obra uruguaya, las reparaciones imprescindibles para poder navegar hacia Buenos Aires. Fue así como el comandante, Capitán Gnani, decidió realizar un acto de homenaje al pueblo uruguayo por la tarde del día domingo 25 de septiembre, mediante una formación de la dotación del

No sabía que el resto de mi vida transcurriría entre las idas y venidas del peronismo y el antiperonismo.



El entonces cadete de 3.º año, Leonel Horacio Gemigniani; Eduardo Massone; el autor y, haciendo el saludo militar, Roberto E. Vignale, el hijo menor de la familia. Estábamos frente al Fuerte de Montevideo, el 25 de septiembre de 1955.

*Cervantes* en la Plaza Independencia. Se haría una ofrenda floral al prócer José Gervasio de Artigas frente a su monumento.

Terminado el acto, algunos uruguayos me empezaron a requerir que les firmara autógrafos. Esta fue la primera y única acción de ese tipo en mi ya larga vida. Estaba en eso cuando pude ver que, desde el otro extremo de la plaza, partía el ómnibus que me llevaría, junto con mis compañeros, a un baile en el Club Policial de Montevideo. Quedé sólo entre la multitud y alguien gritó: “¡En andas!” y dos forzudos charrúas me cargaron sobre sus hombros para pasar a encabezar una imponente manifestación a lo largo de la avenida 18 de Julio, la más importante de Montevideo.

Veía que los periodistas me sacaban fotos desde los techos de los tranvías, que ya no podían avanzar, mientras que algunos manifestantes me arrancaban los botones de mi uniforme de fajina y me colocaban tarjetas, con todo tipo de ofrecimientos, en el bolsillo de mi blusa. Alguien trajo una bandera argentina y me envolvió en ella. Pasé a ser una especie de “Estatua de la Libertad viviente”.

Al llegar a la Plaza Juan Fabini, llamada también “del Entrevero”, por su monumento principal, la multitud que encabezaba, junto con los jóvenes uruguayos que me llevaban en andas, me subieron hasta el primer piso de un club y arrasaron con las mesas donde un grupo de señoras jugaba a las cartas (a la “canasta uruguaya”, supongo). Las cartas, las fichas y alguna señora cayeron al piso. Me sacaron al balcón frente a la multitud y comencé a saludar con mis dos brazos en alto, como lo hacía el líder. Recapacité y apelé a levantar un solo brazo. Si persistía, podría llegar a ser medio líder, quizás.

Me bajaron por la escalera, también en andas, y en el medio del tumulto una señora me alcanzó un ramo de flores.

Retomamos la marcha por la avenida 18 de Julio y, al llegar a las puertas del diario *El Día*, me introdujeron allí en andas y me bajaron de sus hombros para subirme en el ascensor hasta el primer piso. Salí, o me sacaron, hacia un amplio balcón terraza. En el trayecto me habían sacado la gorra, que estaban desarmando con sus hábiles manos para que varios se llevaran las partes como souvenir, hasta que, gracias a varios periodistas del diario, me devolvieron las partes.

Cuando las “manos hábiles” empezaron a tirar piedras, los mismos reporteros se empezaron a preocupar y me condujeron a un ascensor hasta un piso superior, donde me ofrecieron gaseosas y me hicieron un reportaje. Este apareció al día siguiente, 26 de septiembre, en la edición del diario *El Día*, y versaba así:

Ayer, apenas finalizada la vibrante y sumamente emotiva manifestación de los exiliados argentinos, se registró un acontecimiento original, llevado a cabo por parte del público que había concurrido a la Plaza Independencia para asociarse al regocijo de los argentinos.

El cadete de cuarto año de la Escuela Naval del país hermano, Sr. Néstor Domínguez, que integró la formación de los marinos del *Cervantes* que estuvieron presentes al pie del monumento a nuestro prócer, cuando finalizó la ceremonia, junto con otro compañero de armas, fueron prácticamente arrebatados y llevados en andas por la población que, delirante de entusiasmo, aclamaba a la Argentina y a las Fuerzas Armadas de esa nación.

El otro marino logró liberarse de la efusiva demostración algunas cuerdas después, pero al cadete Domínguez lo pasearon por toda la avenida, hasta frente a nuestra casa. La amplia columna, siempre con el cadete en andas, penetró en *El Día* y, tomando ubicación en los balcones, quedó largo rato reiterando vivas a la libertad, a la Argentina y Uruguay unidos y otras expresiones no menos elocuentes, siendo contestadas por el público que se agolpó delante de nuestro diario, cristalizándose una nota muy emotiva, no exenta de originalidad por lo espontáneo de la manifestación.

Pasé a ser una especie de “Estatua de la Libertad viviente”.

Posteriormente el cadete Domínguez, acompañado por varios amigos, visitó nuestra redacción, pidiéndonos que agradeciéramos al pueblo uruguayo las abundantes pruebas de simpatía que ha prodigado a la Marina de su país y, en particular, a la tripulación del *Cervantes*, que integra.

—Cadete Domínguez, ¿qué impresión le ha causado el Uruguay?

—Brillantísima. Hasta en nombre de mis compañeros podría decir que nos han dado los orientales el más grande estímulo para seguir defendiendo la libertad, en todas partes. ¡Siempre los derechos del hombre han sido defendidos, desde la Revolución Francesa!

Deliberadamente no quisimos interrogarlo sobre la última gesta argentina. Pero preguntamos:

—¿Cómo vieron los marinos la revolución del 16 de junio?

—Los marinos mantenemos el régimen disciplinario estricto e interpretamos la voluntad del superior. Pero aseguro, sin desmedro de ello, que interiormente, de manera personal, el marino puede pensar mucho, con simpatías o no por determinada causa, aunque no lo manifieste públicamente. Todos los esfuerzos hechos para lograr la libertad tienen inconmensurable sentir y son hermosos, nobles.

—¿Tiene algo más que agregar?

—Reiterar mi agradecimiento al Uruguay. ¡Ah! Y en lo estrictamente personal, agradezco a la familia Vignale, que me dio hospitalidad en su hogar durante los días que siguieron a la internación de la tripulación del *Cervantes*. Hoy domingo, a las ocho horas, volvimos de nuevo a nuestra querida nave y pensamos partir mañana lunes a las 18 horas aproximadamente.

—Contento de estar de nuevo a bordo.

—Imagínese usted si lo estaré, señor cronista. El barco es “parte del marino”, y agregaré más: “no se quiere tanto a un buque, hasta después de haber combatido en él...”.

Todos los esfuerzos hechos para lograr la libertad tienen inconmensurable sentir y son hermosos, nobles.

Salvo un error, intencional o no de la redacción, todo fue así. En realidad, no había sido acompañado por amigos a la redacción, sino que fueron los periodistas los que me cercaron en el balcón, me pidieron ocultar la gorra y seguirlos hasta el ascensor.

Todavía estábamos en la redacción cuando llegaron noticias de que los manifestantes estaban tirando piedras y rompiendo los vidrios del frente del diario sobre la avenida 18 de Julio. Fue así como se dispuso que saliera en un camión por una puerta lateral. Al salir, algunos manifestantes jóvenes me vieron y vinieron corriendo para subirse a la caja trasera del camión. Tratamos de disuadirlos, pero no pudimos. Paramos en un café de una esquina y bajamos a tomar una copa con ellos, brindando por la libertad de los pueblos; les firmé autógrafos y se fueron contentos.

Inmediatamente me llevaron al Club Policial, donde hacía rato que el baile había comenzado. Cuando les conté a mis compañeros resumidamente lo ocurrido, no me creyeron. Les dije que leyera los diarios del día siguiente. Dado mi aspecto harapiento y la presencia de compañeros con mejor es-



El autor entre los periodistas del diario *El Día* de Montevideo durante el reportaje (25 de septiembre de 1955).

tampa y capacidad de bailar que yo, no pude tener en este baile el mismo éxito que en el Jockey Club. Me consoló la esperanza de la popularidad que tendría al día siguiente, en el que, si bien era el día de la zarpada, alguien repararía en las noticias de los diarios. Yo, por supuesto, lo hice y se los mostré como prueba de lo dicho.

Al día siguiente, lunes 26 de septiembre, zarpamos del puerto de Montevideo a la hora prevista. Llevábamos los féretros de nuestros muertos y a varios políticos exiliados que quisieron acompañarnos hasta Buenos Aires.

La entrada a nuestro puerto, en la dársena "A" de Puerto Nuevo, a las 10 de la mañana del 27 de septiembre, no pudo ser más emocionante. Estaban los cruceros y destructores de la Flota de Mar engalanados y con sus dotaciones formadas mientras todos los buques del puerto hacían sonar sus sirenas. Más de 100.000 porteños nos aguardaban en el muelle. Nos recibió nuestro Director y Vicepresidente de la Nación, Contraalmirante Isaac Francisco Rojas, quien, luego de felicitarnos por nuestra gesta, nos señaló el camino hacia un BDI (barcaza de desembarco de Infantería) para que rápidamente nos llevara a la Escuela Naval Militar, con el fin de que, a breve término, nos tomaran todos los exámenes pendientes de todas las materias correspondientes al tercer bimestre del año académico. El resultado fue desastroso para algunos.

Meses después, el 31 de diciembre, recibimos un diploma del Comandante en Jefe de la Marina de Guerra en Operaciones por nuestra "decidida y patriótica actuación en la Gesta Libertadora del 16 de septiembre de 1955", firmado por él.

La entrada a nuestro puerto, en la dársena "A" de Puerto Nuevo, a las 10 de la mañana del 27 de septiembre, no pudo ser más emocionante.

## Reflexiones desde el otro extremo de la vida

### Reflexiones de carácter naval y social

Los cadetes de la Escuela Naval Militar de entonces enfrentamos la responsabilidad del combate real antes de graduarnos de Guardiamarinas; lo hicimos desde la madrugada del 16 de septiembre de 1955, combatiendo en defensa de la Armada y de nuestra querida Escuela en el Río de la Plata.

Fuimos protagonistas del primer combate aeronaval de la historia argentina, lamentablemente desarrollado entre hermanos que, en 3 años, cumpliremos 70 años de estos hechos y aún no estamos totalmente reconciliados. Debemos recordar que lo hicimos siendo muy jóvenes y en calidad de revolucionarios, en contra de un gobierno que no dudó en enviar aviones de combate de alto poder de fuego contra nosotros, embarcados en naves antiguas con limitado poder antiaéreo, pero que, con mucho coraje, respondieron al fuego aéreo.

Entonces comprendíamos que estaba en juego la libertad de nuestro pueblo y, junto con los jefes y oficiales que nos instruían, los cadetes de cuarto año de la promoción 83 condujimos a un cuerpo de cadetes que peleó, lamentablemente, con muertos y heridos, defendiendo principios que le habían sido vulnerados por la dictadura de Juan Domingo Perón. Este fue el mismo, aunque no el único, que torció la historia argentina y logró dividir a las familias y al país.

Fue en dichas instancias cuando murió nuestro querido compañero Carlos A. Cejas Duclós y fueron heridos, en el destructor *Cervantes*: Julio A. Pieretti (gravemente herido), Carlos A. Bellotti, Alberto A. Turdera, Roberto A. Rubio, Juan C. Prósperi y Alberto R. Manfrino (en los hechos que bien describen Barros y Rubio en sus "Estelas Doradas"). Otros cadetes fueron alcanzados por los disparos de los aviones en el destructor *La Rioja*: Edgardo L. Guillochón (muerto), Juan A. Maañón (gravemente herido), José L. Cortez, Washington Bárcena, Miguel A. Castellano, Eduardo A. Sarmiento y Agustín L. Gómez.

Los cadetes ingresados en años posteriores a los que pertenecíamos a la promoción 83 obedieron con disciplina nuestras órdenes, y nosotros, las de los jefes y oficiales de las Planas Mayores de los buques.

Las balas mortales de la dictadura se ensañaron con Pieretti, mientras oficiaba de timonel, y con Maañón, que recibió graves heridas en la cara y luego, ya en la enfermería, en otras partes de su cuerpo. Fue por ello que debió sufrir múltiples operaciones para continuar con su carrera naval como historiador.

Este combate, como dije, está descrito también en las “Estelas Doradas” de Barros y Rubio, aunque las experiencias personales de cada uno de los que intervinimos en él merecerían un libro que cubriera las falencias de muchos historiadores que poco han investigado sobre una experiencia que no vivieron como nosotros lo hicimos. Siendo Presidente de la Academia del Mar he podido expresar, en una conferencia ante la Academia Nacional de la Historia, parte de esta experiencia, al permitirme su Presidente, el doctor Miguel Ángel De Marco, hacerlo de manera comparativa con los combates aeronavales de la Guerra de Malvinas.

En mi caso particular, han quedado grabados en mi memoria nuestros días en un cuartel del Ejército Uruguayo (donde desfilábamos con ellos luego de aprender su himno con su banda de música), los solícitos cuidados que me brindó la familia Vignale en su casa de Pocitos, en Montevideo, y el pueblo uruguayo que me llevó en andas, envuelto en una bandera argentina y encabezando una multitud que clamaba por la libertad. Este último hecho se desarrolló, como dije, por toda la avenida 18 de Julio, desde la Plaza Artigas hasta el diario *El Día*, donde me hicieron un reportaje que fue publicado el día 26 de septiembre de 1955.

Cuando quise revivir esa experiencia 49 años después (en el 2004), ya nadie recordaba los hechos de la Revolución Libertadora. El club en el que me introdujeron en andas había sido transformado en un cine donde muchos niños poblaban la escalera. Tuve que pasar entre ellos y su algarabía para llegar al primer piso, donde volví a subir, luego de todo ese tiempo, para ver la plaza desde el balcón, que tenía poca y silenciosa gente, y recordar la imagen de la multitud que vitoreaba la libertad. Por otra parte, el diario *El Día* se había transformado en un casino. Me pregunto si se habrá perdido la libertad en manos de las masas. ¿Será que habremos confiado nuestras vidas al azar sin saber lo que pasaba realmente en las sociedades argentina y uruguayas? Ahora parece que la historia se repitiera, pero de diferente manera, en estos dos países.

Lo concreto es que participamos del primer combate aeronaval de la historia argentina; lo hicimos aunque todavía no éramos oficiales de marina, con valentía, dignidad y honor profesional. Lamentablemente, se trató de una lucha entre hermanos; ello no nos permite dar a los hechos protagonizados durante el combate la misma dimensión que hubieran tenido en una guerra internacional.

Actualmente, y en cuanto a los estudios históricos, cabe observar que la aceleración de la historia conlleva que los hechos ocurridos en el curso de una vida se transformen en históricos antes de su finalización con la muerte. Lo vivido puede transformarse en histórico y este es un caso.

Los avatares de la vida me permitieron que veinte años después de los hechos relatados fuera designado como Jefe del Departamento Ingeniería (luego “Sistemas”) del destructor ARA *Hércules*, que estaba en construcción en el astillero Vickers en Gran Bretaña. Dicho buque tenía la función de defensa antiaérea de área para la Flota de Mar y para ello contaba con misiles antiaéreos Sea Dart de guiado semi-activo y un alcance máximo de unos 70 kilómetros. Fue entonces que pude comparar lo que nos había pasado con el destructor ARA *Cervantes* y el buque que el destino me había confiado, para una tarea sistémica, hacia el final de mi carrera.

Cuando quise revivir esa experiencia 49 años después (en el 2004), ya nadie recordaba los hechos de la Revolución Libertadora.

La defensa antiaérea de nuestro viejo destructor era, como lo hemos comprobado, muy precaria e incapaz de neutralizar a veloces aviones de caza a reacción. Ellos volaban a una velocidad de unos 670 kilómetros por hora, casi la misma que la del *drone* (blanco telecontrolado) aéreo “Jindivik”, contra el que, 20 años después, acertamos como blanco de uno de nuestros misiles en un lanzamiento denominado “*up and along*”. No ocurrió lo mismo con un lanzamiento “*round the corner*” para dar en el blanco con una aproximación por popa, por la estela del buque. Ello marcó la dificultad de que pudiéramos abatir un avión Gloster Meteor, en vuelo rasante y desde popa en el año 1955. Esto sin radar de control de tiro y con ametralladoras “Boford” de fuego antiaéreo relativamente lento. La suerte de los aviones que nos atacaron hubiera sido muy distinta si lo hubieran hecho con los cruceros ARA *General Belgrano* o *9 de Julio* de entonces, seguramente todos o varios de ellos hubieran sido abatidos. La cuestión fue que no lo hicieron, eligieron blancos más débiles y tripulados por jóvenes cadetes, que poco sabíamos de política, pero mucho de libertad.

La intervención en la segunda batalla aeronaval de la historia argentina de nuestros destructores tipo *Hércules* fue prácticamente nula (se los habíamos comprado a los británicos, nuestros enemigos, y no los pudimos usar en su función fundamental antiaérea). He escrito sobre lo que pasó con los buques británicos gemelos o que tenían el mismo sistema antiaéreo,<sup>(6,7)</sup> y a partir de ello surgen muchas reflexiones, que aquí no cabe desarrollar.

Llegados a este punto, creo que es saludable apelar a la ética kantiana y volver al reportaje que me hizo el diario *El Día* de Montevideo.

Tanto el derecho como la política deben basarse en la ética como disciplina filosófica y desarrollar una racionalidad valorativa como herramienta fundamental de su esfera de relaciones culturales.

## Consideraciones de carácter filosófico

Tanto el derecho como la política deben basarse en la ética como disciplina filosófica y desarrollar una racionalidad valorativa como herramienta fundamental de su esfera de relaciones culturales<sup>(8)</sup>. En este sentido, los oficiales de marina nos desarrollamos en la conjunción de las esferas de la racionalidad valorativa, para conducir a nuestros hombres, y la de la racionalidad instrumental, para manejar nuestros buques en la guerra usando sus armas. El credo del oficial de marina dice: “Finalidad esencial del Oficial de Marina: CONDUCIR hombres, MANEJAR buques y EMPLEAR sus armas para la defensa de la Patria en el mar”, es lo primero que leímos al ingresar en la Escuela Naval Militar<sup>(9)</sup> y lo llevamos a la práctica en este combate antes de recibirnos de guardiamarinas, así como en el combate aeronaval de Malvinas mucho después de recibidos.

Históricamente, y hasta ahora, se ha tratado de trazar una línea divisoria lo más clara posible entre lo que ocurre en la paz y en los hechos de la guerra. Hay una zona gris, que los políticos y los hombres del derecho parecen no tener muy clara, pero los que tenemos que ponerles el pecho a las balas en una guerra interna y en otra externa la tenemos claramente definida. Esto incluye cuestiones éticas fundamentales, sin las cuales no se pueden tomar decisiones políticas, legislativas y judiciales, que son fundamentales para los hombres de armas y el país todo. Kant ha basado su ética en un estricto cumplimiento de su imperativo categórico<sup>(10)</sup> y ha considerado posible llegar a una paz perpetua<sup>(11)</sup>.

Las consideraciones de Kant sobre la posibilidad de alcanzar una paz perpetua ya no son creídas por casi nadie bien informado. Esto avala la poderosa existencia de múltiples fuerzas armadas en el mundo y la realización casi permanente de guerras en alguna parte del globo. Un tabernero holandés tenía, en un rincón de su taberna, un cuadro titulado *La paz perpetua*, que, refiriéndose al libro de Kant, mostraba un cementerio con infinidad de cruces<sup>(12)</sup>. Hoy en día, ni siquiera se puede encontrar tal sosiego en la muerte.

Tanto el imperativo categórico como la paz perpetua aparecen hoy como inaplicables a la función profesional de los militares. Ellos no pueden considerar que la máxima de su acción,

que es la guerra, pueda ser considerada como una ley universal y la paz perpetua aparece como una utopía irrealizable. Pasados 68 años de los hechos aquí relatados y tras haber dedicado décadas al estudio de la filosofía, considero que ambas expresiones kantianas son “ficciones útiles”<sup>(13)</sup> también para su aplicación en la paz. La ética sirve para que la sociedad regule su funcionamiento a través de una racionalidad valorativa, necesaria para el ejercicio tanto de la política como de la justicia, sin dejar de tener en cuenta la realidad, que nos muestra una razón instrumental aplicada a su evolución práctica.

En la guerra, alguien que mata a un enemigo está cumpliendo con su deber, mientras que, en la paz, es un asesino. Por eso es preciso trazar una clara línea divisoria entre la paz y la guerra, para no considerar como asesinos a los soldados que combaten. Mientras los revolucionarios actores de este combate no matamos a ninguno de los aviadores que nos atacaron, nadie ha considerado como asesinos a los pilotos de los Gloster Meteor en esta acción (¿estábamos en paz o en guerra?). Pero es conocido que siempre se habló de “Revolución Libertadora” más que de “guerra interna”, luego de 1955. Luego vino la denominación de “guerra revolucionaria”, acuñada por organizaciones terroristas de los años 50 y 70, y la Guerra de Malvinas. A mi entender, ambas fueron guerras, aunque la primera aparezca maliciosa y falazmente en discusión.

Si restringimos la universalidad kantiana a un país como la Argentina y su sociedad, podríamos avanzar mucho, en el sentido que le da Kant a su imperativo categórico. Nuestras 28.000 leyes podrían ser reemplazadas por una enunciación parecida a la del imperativo categórico y solo aplicable en tiempos de paz. Así, llegaríamos a comprender que el cumplimiento del deber precede a todos los derechos, y que solo así podríamos gozar de ellos. Nadie, ni siquiera los jueces y abogados, pueden conocer todas las leyes y sus modificaciones que conforman, junto con los decretos y resoluciones, algo tan complejo como inmanejable, y con una dinámica contradictoria y atroz en sus consecuencias. Sería más fácil que todos comprendan el imperativo categórico que seguir con la “ficción útil” de que todos debemos conocer sus contenidos y que, como consecuencia, los tenemos que cumplir. En un país así, tan utópico, no sería necesario disponer de un parlamento y de una cantidad tan grande de jueces, abogados, psiquiatras y psicólogos.

Si restringimos la universalidad kantiana a un país como la Argentina y su sociedad, podríamos avanzar mucho, en el sentido que le da Kant a su imperativo categórico.

En cuanto a la “paz perpetua”, la aplicaríamos solamente a dos opciones: la de evitar las revoluciones y las guerras civiles y la de disuadir a los posibles países enemigos para evitar las guerras. Como expresé anteriormente, esto aparece como una misión imposible.

Lo primero sería factible en el país de utopía en el que rigieran los principios de libertad, igualdad y fraternidad instituidos por la Revolución Francesa a los que aludí en el reportaje. La falta de libertad arbitrariamente aplicada a algunos ciudadanos por falta de igualdad ante la ley destruye la fraternidad, por divisiones en las familias, y conduce a la guerra civil o a la revolución. Esto sucede con las dictaduras como la de Perón en 1955 y lleva, por ejemplo, a que los revolucionarios de la Marina de Guerra hayamos usado la palabra “Libertad” para designar el edificio administrativo de la fuerza y al buque emblemático que recorre anualmente el mundo en representación de nuestro país.

Lo segundo tiene que ver con la necesidad de Fuerzas Armadas relativamente poderosas como para poder disuadir. El tenerlas es una apuesta a la paz, y en el caso de una guerra internacional, la posibilidad de salir victoriosos sin perder la libertad ni la independencia. Cabe observar que las Fuerzas Armadas serán poderosas si tienen una sociedad igual ante la ley y fraterna, esto último sobre todo con ellas, pues se las debe respaldar promoviendo las vocaciones militares de sus integrantes. Esto es más importante que todo el armamento del que puedan disponer. Los cadetes del año 55 así lo demostramos, al usar viejos destructores para ganar la libertad. Todo esto se debería encontrar en una de las primeras páginas de cualquier historia universal que podamos aprender y aplicar a nuestro futuro con actitud proactiva.

## Conclusiones

Las guerras civiles y las revoluciones solo dejan muertos, heridos y resentimientos. Los sobrevivientes de ellas no son veteranos de nada y, si fueron héroes, solo algunos los reconocen como tales. Sé de cadetes que me acompañaron que, muertos o no, fueron héroes en una batalla que nadie conoce.

En el caso del cadete, luego ascendido a guardiamarina, Carlos Cejas Duclós, que fue uno de tales héroes, cabe observar que la promoción 83 de la Escuela Naval Militar hace 58 años que envía una delegación a la ciudad de Paraná para honrar su memoria y compartir allí con los que fueron sus familiares y amigos. Los diarios de esa ciudad han reflejado, en distintas ediciones, la singularidad de nuestro gesto hacia un compañero y el pueblo le ha rendido homenaje al llamar “Cadete Cejas” a la calle en que se encuentra la entrada principal al cementerio de la ciudad. Inteligente y respetuosamente han mantenido el homenaje de la legislatura, que lo tiene como un héroe local durante todo ese tiempo.

En el diario *Viñeta Urbana* de Paraná del 14 de marzo de 2003, en su página 12, se publica el artículo “El nombre de las calles”, en el que, luego de una descripción poco precisa de los hechos en aguas del Río de La Plata, dice textualmente: “Lo curioso de este relato, según quedó asentado en el libro [se refiere a una obra consultada por el periodista en relación con la Revolución Libertadora], es que a pesar de los años y las distancias, los compañeros del curso de Cejas, de la Escuela Naval, se reúnen todos los años en Paraná para rendirle un homenaje en el aniversario de su fallecimiento”. Nadie que haya vivido lo que representa la camaradería en la vida militar y en el combate podría decir algo semejante. Para nosotros, los años y las distancias no valen para olvidar un compañero caído en combate.

Cabe también observar que nosotros habíamos jurado a la bandera en los siguientes términos: “¿Juráis a la Patria seguir constantemente su Bandera y defenderla hasta perder la vida?”. Por el contrario, los civiles la juran así: “¿Prometen defenderla, respetarla y amarla, con fraterna tolerancia y respeto, estudiando con firme voluntad, comprometiéndose a ser ciudadanos libres y justos, aceptando solidariamente en sus diferencias a todos los que pueblan nuestro suelo y transmitiendo, en todos y cada uno de nuestros actos, sus valores permanentes e irrenunciables?” (esto último según lo establecido por el Ministerio de Educación de nuestro país).

Lo primero es un juramento, lo segundo es una promesa de una serie de virtudes ciudadanas sin poner en juego el derecho humano fundamental, que es el derecho a la vida. Por otra parte, cabe observar que, como ciudadanos de uniforme, la promesa también nos concierne. De todas maneras, lo fundamental es que existe una gran diferencia de compromiso ético entre jurar y prometer. Cejas juró y cumplió, muchísimos ciudadanos prometen y no cumplen; esa es la gran diferencia por la que fuimos a Paraná durante tanto tiempo. En mi caso, hice ese juramento precisamente en la ciudad de Paraná, el 25 de mayo de 1949, cuando tenía 14 años. El 16 de septiembre de 1955, siete años después, casi logré cumplirlo; sendos cuadros que tengo en mi escritorio lo atestiguan.

Si a alguien le cupiera la duda sobre si los revolucionarios de entonces defendíamos la Bandera Nacional mientras luchábamos contra un gobierno dictatorial, cabe aplicar el imperativo categórico kantiano cuando la máxima para la acción es la libertad. La cuestión era ética, más que formal del derecho o la política, y esto es básico y fundamental.

Cabe reflexionar que la historia posterior a la Revolución Libertadora permitió la vuelta del dictador y prolongó las secuelas de su doctrina hasta nuestros días. El país aún no logra recuperarse de la degradación cultural que el peronismo le produjo en momentos en que se tenía la posibilidad de ser una gran nación. Lamentablemente, la Revolución Libertadora

Cejas juró y cumplió,  
muchísimos ciudadanos  
prometen y no cumplen;  
esa es la gran diferencia  
por la que fuimos a Paraná  
durante tanto tiempo.

no nos dio las soluciones esperadas: hubo gobiernos civiles y militares, que forman parte de una historia de desencuentros que hemos vivido con angustia.

Últimamente, muchos de los supuestos seguidores de la doctrina justicialista se alternan en el poder, sin solucionar los crecientemente graves problemas del pueblo argentino. Nadie podría decir que las distintas variantes del justicialismo actual son fieles a la versión original impuesta por el dictador, cuando la reivindicación de la clase trabajadora tenía un asidero social. Lo que sí podemos decir es que su efecto no ha permitido que seamos “económicamente libres” en una sociedad con “justicia social”, como lo proclamaba Perón. Por otra parte, su objetivo de “soberanía política” está a merced de los avatares de la historia; no tenemos un Estado con el prestigio internacional y el poder político, económico y militar necesarios como para garantizarlo.

Es así como estamos a merced de distintas interpretaciones de una doctrina que antepuso los derechos en detrimento de los deberes, que, como lo expresamos previamente, falló en los aspectos fundamentales de su aplicación práctica en lo a que a soberanía política, justicia y economía se refiere.

Todo lo anterior me vuelve a remitir al concepto de las “ficciones útiles” y, en este caso, aquellas para mantener un país en la virtualidad de lo imposible.

El influjo peronista nos sigue afectando ahora y se le suman las secuelas del mayo francés de 1968, hasta el límite de tener que tratar con masas de irresponsables para tener alguna posibilidad de gobernabilidad. Toda nuestra vida profesional ha estado signada por estos hechos y esta política. Hemos vivido una época de revoluciones tecnológicas (atómica, espacial, televisiva, genética, de telecomunicación, de masas, cibernética, etc.) que nos ha afectado en la profesión y hasta en la intimidad. Hemos perdido en gran medida la posibilidad de enfrentar nuestro futuro más allá de lo inmediato y de las enfermizas rememoraciones históricas que nos envuelven. Vivimos en una vorágine de situaciones coyunturales potenciadas por los medios masivos de comunicación. Vivimos del presente, mentimos nuestra historia y vamos en rumbo de colisión con el futuro. ■

Es así como estamos a merced de distintas interpretaciones de una doctrina que antepuso los derechos en detrimento de los deberes...

## REFERENCIAS

- (1) Domínguez, N. A. (Ed.) (2011). *Estelas Doradas. 50 años del egreso de la Promoción 83 de la ENM*. Buenos Aires: Servicios Editoriales Digital & Paper.
- (2) Toso Le Breton, A. E. (2005). 50 años del bautismo de fuego de la Promoción 84 de la ENM. *Boletín del Centro Naval*, 123(811).
- (3) Barros Bies, C. (2005). Septiembre en Río Santiago. *Boletín del Centro Naval*, 123(811).
- (4) Domínguez, N. A. (2011). *Juguetes propios y guerras ajenas*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- (5) Domínguez, N. A. (2006). Un problema ontológico: ¿ser digital o analógico? *Boletín del Centro Naval*, 124(815).
- (6) Domínguez, N. A. (2011). Los radares 909 durante la Guerra de Malvinas. *Boletín del Centro Naval*, 129(830).
- (7) DOMÍNGUEZ, Néstor Antonio, “Los radares 909 durante la Guerra de Malvinas”, *Boletín del Centro Naval*, N° 830, mayo/agosto de 2011.;
- (8) Habermas, J. (1989). *Teoría de la acción comunicativa* [Tomo I: Racionalidad de la acción y racionalización social]. Buenos Aires: Editorial Taurus.
- (9) Escuela Naval Militar (1951). *Manual del Cadete Naval, finalidad esencial del Oficial de Marina y Credo del Oficial de Marina*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Escuela Naval Militar.
- (10) Kant, E. (1951). *Crítica de la razón práctica*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- (11) Kant, E. (1964). *La paz perpetua*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- (12) Hoffe, O. (1986). *Immanuel Kant*. Barcelona: Editorial Herder.
- (13) Nietzsche, F. y Vahinger, H. (1990). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Editorial Tecnos S. A.